

15: EZEQUIEL

Cuando a los estadounidenses se nos preguntan los nombres de nuestros más grandes presidentes, los cuatro que se repiten con más frecuencia son: George Washington, Abraham Lincoln, Woodrow Wilson y Franklin Roosevelt. Todos tienen en común que les tocó ejercer su mandato en tiempos traumáticos, de transición y de cambio, en la historia de la nación: Washington, en el nacimiento como nación; Lincoln, durante la disolución de la Unión; Wilson, en la Iª guerra mundial y Roosevelt, en el tiempo de la gran depresión y de la IIª guerra mundial. Esta lista nos plantea un dilema: La crisis de la nación, ¿fue la que llamó a unos grandes líderes o fueron los líderes los que se hicieron grandes por hacer frente a la crisis de la nación? Yo me inclino por la segunda respuesta pero los historiadores debatirán eternamente entre ambas. Al estudiar a los profetas, surge el mismo dilema: las crisis del pueblo judío, ¿fueron las que propiciaron el liderazgo de grandes hombres o fue que esos líderes se hicieron grandes porque se enfrentaron a esas grandes crisis con dignidad e inteligencia? De nuevo me inclino por lo segundo aunque los estudiosos de la Biblia debatan eternamente entre sí cuál es la verdadera de ambas respuestas.

Hubo dos grandes crisis en la historia de Israel pues en ellas su extinción fue una posibilidad muy real. La segunda ocurrió en el siglo XX, cuando los nazis eliminaron en Alemania a 6 millones de judíos. La primera fue la conquista de Judea por los babilonios, con el subsecuente exilio en Babilonia. La crisis del siglo XX está relacionada con el liderazgo de David Ben Gurión. La crisis de la primera mitad del siglo VI a.C., está relacionada con el liderazgo del profeta Ezequiel. Esta semana, en esta serie sobre los orígenes de la Biblia, atenderemos a esta gran figura, sobre la que gravitó literalmente la supervivencia del pueblo judío.

El libro de Ezequiel es el tercero de los "profetas mayores", y sigue a los dos que ya hemos visto: Isaías y Jeremías. Ezequiel quizá no sea tan conocido como los otros pero debería serlo. Su estrella aún luce brillante en la diadema judía, al igual que su vida, que fue decisiva en la historia de su pueblo. No obstante, es difícil recrear a la persona a partir del texto que lleva su nombre. Sobre todo si consideramos que el libro se editó varias veces, que se deformó gravemente y que los capítulos 40 a 48 son adiciones posteriores, escritas por una especie de Ezequiel II. Con todo, alguien real permanece en la sombra y alienta todavía detrás de las palabras del libro; alguien que cambió el carácter del pueblo judío.

Su vida fue contemporánea de la de Jeremías y por eso debemos recordar el trasfondo común a ambos. A finales del siglo VIII a.C., Asiria era el flagelo del Medio Oriente. Los asirios contaban con una rígida y severa estructura militar y ellos fueron los primeros en emplear carros de hierro tirados por caballos. En definitiva, fueron los precursores de las divisiones acorazadas en combate. Al utilizar sus carros en las batallas, destruyeron fácilmente a sus enemigos. El reino judío del norte, es decir, Israel, sucumbió ante ellos en el 721 a.C., y, como consecuencia de la derrota, la gente de dicho reino se convirtió en "las 10 tribus perdidas de Israel". Su destino fue el destierro y la relocación dispersa, a lo largo del imperio asirio, para finalmente fundirse su ADN con el del mundo árabe y semítico. Mientras tanto, como ya dijimos, el reino del Sur, es decir, Judá, con su capital Jerusalén, sobrevivió porque se sometió como estado vasallo de Asiria, imperio que rigió al mundo con puño de hierro hasta que, más de un siglo después, en el año 612 a.C., fue derrotado por el emergente imperio babilonio. Tras un período de consolidación de su poder, el ejército babilonio se movilizó y destruyó tanto el reino de Judá como su capital, Jerusalén, en 596 a.C., por haber sido vasallo de Asiria. Era la primera vez, en 400 años, que Jerusalén caía ante un asedio. Su caída fue devastadora para los judíos, que la consideraban la "ciudad santa", la residencia de Yahvé en la tierra. Tras la derrota vino el exilio de los ciudadanos más destacados a Babilonia, donde pasaron a ser clase muy baja, al servicio de sus conquistadores. Su destino parecía ser la desaparición, tal como les había ocurrido, 125 años antes, a los habitantes del reino del Norte.

Sin embargo, entre los exiliados había un joven profeta llamado Ezequiel, al parecer miembro de una notable familia sacerdotal. Aquel joven fue quien, por su palabra y su acción, fue creciendo hasta convertirse en el líder decisivo de su pueblo en semejante crisis. El primer problema que tuvo que enfrentar fue resolver la forma de asegurar la supervivencia de los judíos como pueblo. ¿Qué era lo que podría conservar intacto y separado a este pueblo exiliado pero portador de un destino? Aunque jamás volvieran a ver su tierra natal, había que crear en los descendientes el deseo de hacerlo. Había que impedir que se repitiera en ellos el destino de los judíos del reino del norte. Ezequiel vio en esto su primera tarea. Y por ello resultó ser un hombre que haría las delicias de un psiquiatra. A tenor de lo que se ha conservado, Ezequiel tenía unos sueños muy vívidos, se diría que casi en technicolor, y con ellos galvanizaba a su pueblo. Dos de estos sueños dejaron impresiones tan indelebles que, al cabo de los siglos algunos de los más antiguos "espirituales negros" que sirvieron para dar sentido a la dramática experiencia de los negros africanos, éstos no sólo exiliados sino esclavizados por los blancos, que los apresaban en su Continente de origen y los conducían a trabajar explotados en el Nuevo Continente, en su zona Norte en este caso.

El primero de estos espirituales, basado en el primer capítulo de Ezequiel, decía que "Ezequiel vio la rueda, en medio del cielo", palabras que expresaban el clamor por una liberación procedente de lo alto. El segundo de los "espirituales" se basaba en Ezequiel 37 y se titulaba "Los huesos volverán a levantarse". En su sueño, Ezequiel vio a la nación judía bajo la analogía de un valle lleno de huesos descarnados, secos y muertos ya, sin esperanza de restauración ni de resurrección. Pero Dios habla a Ezequiel en este sueño y lo llama con su apelativo favorito: "Hijo de Hombre", y le pregunta: "¿Pueden volver a vivir estos huesos?" A lo que Ezequiel responde: "Señor, sólo tú lo sabes". Una vida futura para el pueblo judío era una esperanza que estaba, en aquel tiempo, más allá de la imaginación de Ezequiel. Así, detrás de estos dos sueños está la idea de que Dios es la fuente de la vida.

Según el mito judío de la creación, el aliento de Dios dirigido a Adán fue lo que transformó su cuerpo de arcilla inerte en un cuerpo vivo, de carne y hueso. El aliento de Dios, en la tradición judía, era el viento que animaba la creación. Por tanto ahora, el sueño de Ezequiel proclamaba que el aliento de Dios tenía poder para recrear la vida de la inerte nación judía. En el sueño de Ezequiel el aliento de Dios soplaba sobre el valle y recomponía los huesos muertos. Así, "el hueso del dedo se unía al del pie, el del pie al del tobillo, el del tobillo a la de la pierna", hasta que todos los fallecidos estaban de nuevo en pie otra vez. El destino de la nación judía era revivir por la fuerza de la vida, por el aliento de Yahvé.

Cumplir este sueño fue la tarea de Ezequiel. Aunque era una misión que nadie podía realizar solo pues tenía que ser labor de varias generaciones, una persona tenía que tener el sueño, ver la visión, grabarla en las mentes de su gente y convertirla en realidad y éste fue Ezequiel. Por eso, bajo su influjo, el pueblo estableció la separación como prerequisite para su supervivencia y como prioridad principal. Tres vías distintas se establecieron con objeto de hacerse diferentes, mantenerse separados y conservar su identidad como judíos.

Primero, se resucitó la antigua observancia del Sabbath, una tradición caída en desuso hacía tiempo. Se codificó cada detalle del Sabbath y los judíos empezaron no sólo a abstenerse de trabajar sino a inmovilizarse: sólo podían desplazarse un kilómetro escaso: ningún judío podía caminar más en todo el día del Sabbath, de lo contrario violaba gravemente la ley. Así fueron "diferentes" y quedaron "separados" del resto de forma muy característica. La historia de la Creación en siete días, con la que ahora se inicia la Biblia, se escribió en esta época y se agregó a las Sagradas Escrituras hebreas con el propósito de establecer y de fundamentar la observancia del Sabbath en el acto mismo de la creación y como una imitación de los que hacía el propio Dios.

Lo segundo que hicieron los judíos en el exilio, al mando de Ezequiel, fue adoptar las leyes alimentarias kosher. No comerían carne de cerdo ni marisco, y su comida se debería preparar en cocinas kosher. Así

nunca comerían con los babilonios. Tal era la ley de Dios que según creían quería mantenerlos separados del resto de los pueblos. La tercera medida que tomaron fue restablecer la práctica de la circuncisión, que también había caído en desuso tiempo atrás. Literalmente marcaban así la carne de cada varón con la señal del judaísmo, lo cual hacía muy difícil el matrimonio mixto y acentuaba la separación.

Para enraizar estas prácticas en la voluntad de Dios, un grupo de sacerdotes escritores, inspirados por Ezequiel, escribieron de nuevo toda la narrativa judía. La versión llamada "sacerdotal" de las Escrituras surgió así, de forma que las medidas aparecieran como tradiciones singulares, dentro de la historia global de la llamada de Dios a Israel para que fuera "su" pueblo. Y aquello funcionó. Los judíos fueron el único pueblo que volvió intacto a su tierra natal, tras su derrota y su exilio, y pudo restablecer su propia historia y existencia como nación. Desde entonces, su vocación quedó marcada con fuego, profundamente, en su psique colectiva, y ha permanecido para siempre como una característica suya como pueblo. La volverían a necesitar unos 2500 años después. Desde que, en el año 70 d.C., Jerusalén fue destruida, los mapas no volvieron a mostrar un territorio judío hasta 1948 d.C., cuando Israel se estableció en tierra Palestina de acuerdo con la Declaración Balfour, de 1917. Durante este segundo período de exilio, los judíos se enfrentaron a incontables horrores, grandes persecuciones y hasta el holocausto, pero las lecciones de Ezequiel no fueron ignoradas y los judíos sobrevivieron como pueblo, una vez más, para poder regresar al fin, a la tierra de sus ancestros. Con esto que he recordado, no he pretendido minimizar el dolor y la dislocación que el regreso de los judíos a Israel y a la tierra de Palestina ha causado desde 1948 hasta ahora. Sólo quiero recordar que mantener su identidad, durante casi 1900 años, como un pueblo sin una tierra, es un logro notable de supervivencia por el que el pueblo judío hace bien en recordar a Ezequiel.

— John Shelby Spong